

te con los últimos años de su anciana y santa abuela; su edad madura alcanza á la fundación de casi todos los monasterios de la Visitación, donde la célebre marquesa viene á menudo á recogerse y consolarse lejos de las agitaciones del mundo. Lo mismo sucede á las señoras de Toulangeon, de Grignan, de Rabutin, de la Fayette, de Hautefort, de Lesdiguières, y á otras muchas que, educadas en la Visitación y recogidas por ella, la debieron en gran parte el perfume de sus talentos, la gravedad amable de su carácter y el temple sólido de su fe. Así es como la Visitación ha ejercido una acción social mucho más considerable que lo que se ve á primera vista, y con la cual contribuyó por su parte á la grandeza del siglo XVII. Así también, en nuestros días tempestuosos, paga su deuda á la sociedad que pelagra, semejante á esos canales que la mano del labrador oculta bajo la tierra para que ayuden mejor á fertilizar los campos.

#### IV

Con sólo las antecedentes líneas se traslucen bien las clases diferentes de interés que se enlazan con la historia de la vida de Santa Juana Francisca, y los diversos motivos que me han determinado á escribirla. Pero no me cansaré de repetirlo: á pesar del vivísimo atractivo que me inspiraba este trabajo, jamás le hubiera emprendido si no hubiese descubierto los preciosos documentos de que he hablado antes, desconocidos á todos los historiadores que me han precedido, y que me inspiraron la idea de escribir esta obra. Así, no satisfecho con las copias incompletas y harto defectuosas que tenía entre manos, me puse á buscar manuscritos originales, y á fin de comprenderlos mejor, me propuse visitar todos los lugares en que vivió la Santa, porque hay escenas que no pueden concebirse bien sino viendo

los mismos sitios donde pasaron. Desde la infancia vivía yo en la ciudad donde había nacido Santa Juana Francisca, donde derramó los perfumes de su juventud y de su edad madura, donde encontró á San Francisco de Sales, y de donde salió pasando sobre el cuerpo de su hijo. Fui á ver el castillo de Bourbilly, en el cual se celebraron sus bodas, y que fué testigo de sus alegrías como esposa y madre, que tan pronto ¡ay! fueron seguidas de inconsolable luto. Visité después el castillo de Monthelon, donde vivió los ocho primeros años de su viudez y donde brillaron con tanto esplendor su heroica paciencia, su dulzura y su tierno amor á los pobres; y, en fin, fui á la pequeña villa de Annecy, en Saboya, célebre por su hermoso lago, más célebre aún por haber sido teatro de las virtudes de San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca, y, en fin, por haber servido de cuna á la Visitación naciente.

En cuanto llegué, corrí al Monasterio, encontrando la más cordial hospitalidad en sus habitaciones exteriores. No era el mismo en que vivió la Madre Chantal, pero se veía la misma piedad, la misma afectuosa amabilidad y las mismas virtudes. Al momento se me abrieron todos los archivos, y los manuscritos más preciosos pasaron del interior de la casa á los locutorios exteriores, donde yo estaba. ¡Cuán grande fué mi emoción al recorrer sucesivamente la magnífica colección de cartas autógrafas de San Francisco de Sales y de Santa Juana Francisca, las primeras cargadas de borrones y rayas, las segundas escritas con mano más firme, pero con una ortografía rara, y casi todas en general infielmente publicadas, y otras muchas que aún no se han dado á luz; el manuscrito autógrafo de las Memorias de la Madre de Chaugy, escrito sin repaso alguno, con hermosa letra y sin una equivocación; las Memorias de la Madre Francisca Angélica de la Croix, de la Hermana Luisa Dorotea de Marigny, de la Madre de Clermont



Mont-Saint-Jean, de Jorge de Fesigny, primer síndico de Annecy, todas sin haberse publicado hasta ahora; la historia, igualmente inédita, de las fundaciones de la Visitación en Francia, Saboya é Italia, redactadas por las Hermanas mismas con tanta exactitud como gracia; en fin, más de veinte volúmenes, todos desconocidos fuera del claustro y manuscritos todavía, que contienen la historia de las principales fundaciones de la Visitación en todas las partes del mundo.

Pero lo que excitó mi piadosa avidez aún más que todos estos tesoros, fueron los seis volúmenes en folio, que encierran firmados y rubricados por los Notarios Apostólicos, y elevados, por consiguiente, al mayor grado de certidumbre y autenticidad, todos los documentos del proceso de canonización de Santa Juana Francisca. Circunstancias particulares multiplicaban su valor. Cuando los Notarios Apostólicos recogieron todas las declaraciones relativas á este proceso, sellaron con sus sellos los seis volúmenes en folio que las contenían, imponiendo pena de excomuición para cualquiera que se atreviese á abrirlos antes de la sentencia del Juez, es decir, antes de la publicación solemne de la Bula de la canonización. Pero acontecimientos que diremos después dilataron hasta 1767 la publicación de esta Bula; y habiendo estallado la revolución poco después á manera de un rayo, y destruido el monasterio de Annecy, aquellos volúmenes quedaron hasta nuestros días desconocidos y olvidados en los archivos del obispado. El Ilmo. Sr. de Rendu, cuya pérdida deplora aún la Iglesia de Annecy, encontró intactos los sellos de los Comisarios Apostólicos, como se dignó decirme, y estaba decidido á romperlos cuando llegué á su ciudad de Annecy. Ningún historiador de nuestra Santa pudo, en consecuencia, tener conocimiento de aquellas preciosas páginas, inéditas como todo lo demás.

• Para que nada se escapase á mis investigaciones, el

Sr. Obispo me permitió entrar en el monasterio, y visitarle todo y en todos sus detalles. Tuve el gusto y la dicha de ver, entre otras inestimables reliquias, el antiguo libro de *Capítulo*, principiado hace dos siglos y que aún no está concluido, cuyas primeras hojas están escritas por San Francisco de Sales, y donde se refiere, escrita por mano propia de Santa Juana Francisca, la fundación de Annecy, y se ven, firmados por la misma Santa, los procesos verbales de los *Capítulos* que presidió. Habiendo escrito San Francisco de Sales en la primera página de este libro el deseo de que *los nombres escritos en estas hojas perecederas sean para siempre escritos en el libro de los vivos*, no sólo las religiosas tuvieron á dicha el estar inscritas en él, sino que los Reyes, las Reinas, los Cardenales, Obispos y señores de todos los países solicitan hace más de dos siglos el favor de poner sus firmas debajo de las de San Francisco de Sales y de Santa Juana Francisca. Yo puse mi humilde nombre también, rogando á estos grandes Santos bendijesen la obra por la cual había emprendido la peregrinación de Annecy.

No puedo decir los días que pasaron en tan dulce ocupación, porque el tiempo que se pasa felizmente no se mide como el desgraciado. El día y parte de las noches las pasaba sobre estos preciosos libros, conmoviéndome cada una de sus palabras, ya por su encantadora sencillez, ya por lo varoniles y enérgicas que brotaban de la boca de estos dos grandes Santos; señalaba con el dedo, copiaba y hacía copiar una porción de pasajes cuya lectura me entusiasmaba. Cuando el cansancio me obligaba á dejar la pluma, salía y paseaba las calles de la ciudad, embalsamada aún con el perfume de las virtudes de San Francisco de Sales y de Santa Juana Francisca, y señalada con las huellas de sus pasos. Visité la humilde casa, palacio del Santo Obispo desterrado de Ginebra; la iglesia en que alimentaba á su pueblo con



la palabra divina, doblemente amable en su boca, y donde se ve aún, cerca de la puerta, el lugar (hoy vacío) de su confesonario, rodeado en otro tiempo por tanta gente. Seguí el camino que siguió hace dos siglos la Santa Baronesa de Chantal, cuando fué desde la casa del Santo Obispo á la casita de la *Galería*, donde al otro día nació la Visitación. Entré en ella, y guiado por las *Memorias contemporáneas* reconocí la pequeña capillita donde San Francisco de Sales dió el velo á Santa Juana Francisca y recibió los votos de su profesión; el jardín en que se verificaban aquellas dulces conferencias que, con el nombre de *Entretencimientos*, se han publicado; la calle de árboles en que, paseándose con su santa cooperadora, trazaban las primeras líneas del naciente Instituto, y hasta los clavos que sostenían el cepillo, ocasión de la única desobediencia de la Santa, y motivo de uno de los más bellos actos de humildad y arrepentimiento que nos han conservado los anales de sus virtudes. Todo está aún de pie como hace dos siglos; todo habla allí al alma; todo respira la paz, la inocencia, el heroísmo y el amor.

A ninguna parte, no obstante, iba yo más á menudo, ni me detenía tanto y con más placer, que en la capilla del actual monasterio, donde descansan, respetados por las revoluciones y por los años, los cuerpos de los Santos Fundadores. No olvidaré nunca la emoción que sentí cuando entré en ella por primera vez y vi en una caja, abierta á todas las miradas, que por medio de un cristal permite á la devoción satisfacer su curiosidad, el cuerpo de la Santa cuya vida meditaba yo tanto tiempo hacía. Está tendida en un honorífico lecho, como si estuviese dormida, vestida con el hábito religioso como cuando andaba por el mundo multiplicando monasterios; su rosario pende del cinturón: un Crucifijo descansa sobre su pecho, en el mismo lugar en que su mano bendita imprimió el Santo Nombre de Jesús con un hie-

rro ardiendo. Largo tiempo la contemplé en silencio con los ojos llenos de involuntarias lágrimas, que no pensaba en detener, y embriagado el corazón con ese celestial perfume que se respira en los sepulcros de los Santos. Aquí desaparecieron todas mis irresoluciones, y viendo en la obra que meditaba algo hermoso y grande que daría de sí una enseñanza elevada y profunda, y al mismo tiempo útil para las necesidades de este siglo, mis dudas se desvanecieron: vi en esta santa mujer una fortaleza templada con tanta dulzura; en su gran Director, una amabilidad sostenida con tan gran fortaleza; en todas aquellas primeras religiosas que se agruparon alrededor de los Santos fundadores, algo tan puro, tan firme, ardiente y vigoroso; y, en fin, en todo este conjunto, tan grandes y hermosas perspectivas de luz y de vida, que me sentí conmovido de admiración; y á pesar de mi debilidad, que nunca me pareció más grande, prometí á Dios poner al instante manos á la obra.

El resultado de estos trabajos, peregrinaciones y penosas indagaciones, es lo que hoy ofrezco al público.

Le ofrezco á las almas piadosas, particularmente á las mujeres cristianas que viven en medio del mundo, y á las vírgenes que la gracia divina santifica en la santa soledad de los monasterios. Leyendo esta obra aprenderán las primeras cómo en medio del tráfago y cuidados del siglo, con muchos hijos y gran fortuna, se puede ser santa con sólo ser fuerte, generosa y mortificada, sacrificándose por amor de Dios y de su familia. Las segundas apreciarán más una vocación que la Baronesa de Chantal compró tan cara y á costa de tan grandes aflicciones de corazón, y aprenderán de esta ilustre sierva de Dios á cuánta altura pueden elevarse las almas que saben abandonarse, y, como dice la Santa Escritura, entregarse á la gracia.

Aun los mundanos mismos, si quisiesen leer esta



obra, espero no la concluirán sin sacar algún provecho. Comparando esta hermosa vida, transfigurada, digámoslo así, y fecundizada por el espíritu de generosidad y de fortaleza, con la vida sensual y estéril que se tiene en el mundo, la paz de la una con las tristes agitaciones de la otra, y aun, si se quiere, los sacrificios de ésta con las mayores alegrías de la otra, se sabrá al menos en qué lado se encuentra la dicha del alma, y, lo que vale más, su elevación, su fortaleza, su fecundidad, en una palabra, su verdadera grandeza.



VIDA  
DE  
SANTA JUANA FRANCISCA FREMIOT  
DE CHANTAL  
Y ORIGEN DE LA ORDEN DE LA VISITACIÓN

Ó SEA

del Instituto de las Hijas de San Francisco de Sales, llamadas vulgarmente en España Religiosas Salesas.

—\*—  
CAPÍTULO PRIMERO

Nacimiento de Santa Juana Francisca: su adolescencia: primeros años de su juventud.

—  
1572-1592

**M**E llamo Juana Francisca Fremiot, denominada comunmente de Chantal; nací en Dijón, ciudad capital del ducado de Borgoña y tengo cincuenta y cinco años. Soy hija del Sr. D. Benigno Fremiot, Presidente del Parlamento (1) de Dijón, y de la señora doña Margarita de Berbisey.

Así es como la Santa, cuya vida voy á contar, declaraba por sí misma su nombre y nacimiento en presencia de los Comisarios Apostólicos, reunidos en Annecy para el proceso de canonización de San Francisco de Sales. Se ve que nació en Dijón, en esa ciudad, ilustre en la

(1) Dan en Francia el nombre de Parlamento ó Corte de justicia á lo que en España se llamaba antes Real Chancillería, y ahora llamamos Audiencia territorial, ó tribunal de justicia de un territorio. (*Nota de la traductora.*)